

EL PAPEL DE LAS HUMANIDADES ANTE EL COVID 19

Gloria Vergara¹

Introducción

Hoy, no cabe duda, la humanidad está viviendo una de sus peores crisis de los últimos 50 años. Y con esto no me refiero sólo al 2020, año en que la pandemia del Coronavirus COVID 19 nos azota de manera globalizada, siendo coherente en su virulencia, con las prácticas cotidianas del mundo, sino que esta referencia también incluye a las cuatro o cinco décadas anteriores que anunciaban ya mucho de lo que hoy estamos viviendo. Pero el 2020 será visto como la punta de iceberg que destapa la agonía de la humanidad acelerada, pues de la misma manera que nos comunicamos y nos movilizamos, también vemos viajar e incubarse el virus del COVID en los diversos países. Pasamos del terror al descreimiento y luego a al asombro doloroso de ver a nuestros amigos y seres queridos que van desapareciendo del mapa. Pero además de estas circunstancias en las que seguimos minuto a minuto las noticias de cómo mueren miles de personas a causa de la pandemia tenemos, por otro lado, problemas globales graves como la violencia, la discriminación, la inequidad. Dolencias producto de un desdibujamiento del sujeto en la sociedad contemporánea. Estas dolencias llevan décadas azotando a la humanidad sin que haya cura. ¿Con qué sana el mundo violento?, ¿cómo se combate la discriminación, el hambre, la injusticia? Ante estas interrogantes que parecen no tener respuesta, nos hemos propuesto reflexionar sobre el papel de las humanidades en la educación y en estos tiempos de pandemia. ¿Por qué podría una educación holística, cuyo centro sean los valores fundamentales del ser humano, combatir estas dolencias sociales? Ante la modernidad líquida —como la llamó Zygmunt Bauman—, repleta de necesidades inmediatas, en donde se alejan del diccionario palabras como libertad, justicia, felicidad, es necesario que nos preguntemos qué pasa con el ser humano, con el cuidado de sí, con su compromiso frente a los otros y frente al mundo que habita. ¿Podemos hacer algo los humanistas?, ¿podemos «transformar» jóvenes a partir de la enseñanza? De manera específica, ¿podemos hacer algo desde la literatura? ¿Qué se aprende de la obra de arte? ¿En qué nos ayuda la experiencia estética frente a este mundo agónico?

¹ Doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Profesora-investigadora de la Facultad de Letras y Comunicación y Coordinadora de la Maestría en Estudios Literarios Mexicanos, en la Universidad de Colima. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, académica correspondiente en Colima de la Academia Mexicana de la Lengua y miembro del Seminario de Cultura Mexicana Corresponsalía Colima. Universidad de Colima. E-mail: glvergara@ucol.mx.

Para adentrarnos en este complejo terreno, partimos de la visión teórica de Michel Foucault y su concepto del «cuidado de sí» a partir de la *Hermenéutica del sujeto*, así como de la noción de «experiencia estética» que maneja Roman Ingarden en *La obra de arte literaria* y *El conocimiento de la obra de arte literaria*. De esta manera pondremos en diálogo la ética con la estética para definir las posibilidades de una estética del ser, como motivo prioritario en los retos educativos del siglo XXI y ante las circunstancias dolorosas de la pandemia.

El cuidado de sí

Aunque Michel Foucault trae a colación el concepto del «cuidado de sí» en el mundo contemporáneo a partir de su trabajo en la «arqueología» de las ciencias humanas, es el entorno de la cultura griega en donde lo encontramos, relacionado con la ética. Pero, como enuncia Foucault, aquella era una ética distinta a la desarrollada después en occidente; poco tenía que ver con los problemas religiosos y mucho con la conducta y su relación con los demás. “Lo que interesaba a los griegos [...] era la constitución de una ética que fuese una estética de la existencia” (FOUCAULT, 1996, p. 11). Y esta ética estaba fundamentada en una serie de técnicas del «yo», reorganizadas en el pensamiento filosófico occidental. Foucault habla del principio de *épiméleia* que era la base de aquella ética entre los griegos y quería decir «conócete a ti mismo y ocúpate de ti mismo». La *épiméleia* contenía cuatro principios básicos: 1) una actitud general en la manera de comportarse con los otros y con el mundo, 2) la mirada a uno mismo, relacionada con la vigilancia de los pensamientos propios, 3) el modo de actuar respecto a las prácticas de la memoria, la meditación y el examen de conciencia y 4) la manera de ser en la práctica de la reflexión (p. 36-37).

De esta forma, si aplicáramos a nuestras prácticas del «yo», las reflexiones hechas por los clásicos griegos, adaptándolas obviamente a nuestro tiempo, la vida sería análoga a una obra de arte, en el aspecto de que estas prácticas nos ayudarían a liberarnos de las estructuras sociales dogmáticas que nos oprimen, como enuncia Foucault en *Hermenéutica del sujeto*. Pues lo que tenemos hoy, es una ética regulada por las instituciones; una ética que nos ha llevado a confinar el «cuidado de sí» sólo a la parte del conocimiento, olvidando la preocupación o vigilancia del «yo», así como la responsabilidad sobre nuestras acciones y las acciones de los otros.

En *Ética, estética y hermenéutica*, Foucault refiere el sentido de este «ocuparse de sí» cuando alude a las reflexiones de Epicteto. “En el mundo griego, Epicteto proponía, respecto de la ética, una actitud de vigilancia relacionada con dos metáforas: la del vigilante nocturno y la del cambista. El vigilante no deja entrar a nadie en casa y el cambista sopesa y verifica el metal de la moneda recibida” (VERGARA, 2009, p. 110). A partir de estas metáforas, Foucault propone en el «cuidado de sí», el examen de nuestras emociones y actitudes en cuanto a lo que nos acontece, como lo hace Epicteto en el ejemplo del padre que deshereda al hijo. Lo que importa para Epicteto es la reacción del hijo, si está enojado, afligido, o si lo toma con serenidad; no el hecho de que el padre lo desherede. De aquí se desprende la necesidad de un movimiento reflexivo sobre sí mismo, un autoexamen que nos ayude a orientar nuestra conducta en lo que concierne al «ocuparse de sí».

Estas prácticas del yo van mucho más allá de la ética moral basada en el temor o el castigo. En este sentido, hay quienes han definido al sujeto ético como “aquel que pretende hacerse a sí mismo. Aquel que busca forjarle un sentido cautivador a su existencia” (GARCÉS, 2013, p. 188) en el ejercicio continuo de su libertad, buscando que sus acciones y pensamientos estén “cargado de valores morales” (p. 189). Pero para fundamentar una nueva ética, necesitamos la crítica de esos valores morales, “hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores”, asegura Foucault (1996, p.13).

De acuerdo con lo que hemos enunciado, el «cuidado de sí», es también un «ocuparse de sí» y, como dice Foucault en *La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad*, “implica relaciones complejas con los otros, en la medida que este *ethos* de la libertad es también una manera de cuidar de los otros” (en GARCÉS, 2013, p. 190). De esta forma, el concepto que nos ocupa se relaciona con la noción de verdad, pero no en el sentido dogmático, sino como prueba del alma que se da con la identidad del discurso entre dos personas. “Para que esa homología sea una prueba de la calidad del alma, se requieren tres criterios: *episteme*, un saber que no es un conocimiento ya aprendido, sino más bien el hecho de que nunca se dice lo que se dice sino en virtud de saber que es efectivamente verdad; segundo, *eunoia*, o amistad; y en tercer lugar, *parrhesia*, o coraje de decir lo que se piensa. (VIGNALE, 2012, pp. 315-316). Según Foucault, con esta idea de la “homología y de su condición interna que culmina en la *parrhesía*, tenemos la definición del vínculo mediante el cual el *logos* de uno puede actuar sobre el alma del otro y conducirlo a la verdad” (p. 316).

En este sentido, el «cuidado de sí» tiene que ver con la idea de mirar hacia el otro en un acto de corresponsabilidad. “Hacer ver al otro la situación en la que se encuentra, se emparenta en cierta medida con el concepto de *parrhesía* que retoma Foucault” (VERGARA, 2009, p. 111) cuando habla de las normas de prudencia que esta dicta y que se ubican entre la verdad y la libertad. “La *parrhesía* lo dice todo; no obstante, no significa exactamente decirlo todo, sino más bien la franqueza, la libertad, la apertura que hacen que se diga lo que hay que decir, cómo se quiere decir, cuándo se quiere decir y bajo la forma que se considera necesaria” (FOUCAULT, 1996, p. 88). La *parrhesia* implica hablar claro y ser coherente entre los que decimos y lo que somos. Así, la libertad de enunciar con franqueza nos arriesga al enfrentarnos a la verdad, cuando entendemos lo que en principio nos golpea; pero una vez visto y comprendido aquello, resulta provechosa la franqueza.

La *parrhesia* es la verdad desnuda, como afirma Foucault y “cuenta por esto con dos rivales, un rival moral, que es la adulación, y un rival técnico que es la retórica” (VIGNALE, 2012, p. 319). Elementos que abundan en nuestra sociedad «líquida» —como la llamó Zygmunt Bauman—, pues en estos tiempos apresurados, repletos de necesidades creadas, los valores fundamentales del ser humano no sólo son cuestionados, sino que se han vuelto borrosos. El amor, la libertad, la verdad resultan ahora más inasibles que nunca; son relativizados por las relaciones efímeras que nos evaden de la mirada del otro. La felicidad se confunde con el bienestar material, o el número de *likes* en las redes sociales; el conocimiento se mide con la información (o desinformación) cuando en lugar de buscar la verdad, perseguimos la desconfianza. Nos hemos olvidado de nosotros mismos, de que requerimos del otro, de su palabra, su mirada y su escucha.

¿Podemos volver al «cuidado de sí», a la franqueza, e ir de una ética hacia una estética de la educación del siglo XXI? ¿Cuál es el camino? Ahora que la humanidad está en vilo, ahora que hemos perdido la brújula, ¿pueden las humanidades darnos una luz, una respuesta?

La experiencia estética y el conocimiento del mundo

Para Roman Ingarden, la experiencia estética es la vivencia que el lector tiene de la obra de arte literaria, del mundo allí representado. El filósofo distingue la comprensión que ocurre durante la vivencia de la obra, del conocimiento provocado por su dinamismo, su estructura y su particularidad. Este segundo tipo de conocimiento se da en el «lector esteta», que se pregunta por “la naturaleza general de la obra de arte, [...] sus diferencias esenciales,

sus patrones fonéticos, las oraciones y sus sentidos, los correlatos de las oraciones, sus conjuntos de circunstancias, etc.” (VERGARA, 2007, p. 120). Pero esto se logra gracias a la función primaria de la obra que “consiste en capacitar al lector [... para] constituir un objeto estético” (INGARDEN, 1998, p. 109). En este «cumplimiento» radica la posibilidad de que se nos revelen valores estéticos, a través de los cuales logramos una «conexión» con nuestra realidad.

En el momento de la vivencia del arte, nos dejamos llevar por el mundo de los personajes y «vivimos» la ficción como si fuera real. Así, la obra de arte, en tanto metáfora, nos pone las cosas ante los ojos, como diría Aristóteles. De esta forma, la literatura nos enseña una experiencia vicaria del mundo. Nos comunica emociones. Nos vuelve sensibles y reflexivos ante lo «verdadero» a través de lo «verosímil». Porque lo que aprendemos en la experiencia estética son realidades análogas que ponen en juego nuestros pensamientos, deseos y modos de ver el mundo.

De esta forma, la experiencia estética se muestra como un camino posible para acercarnos al «cuidado de sí», en tanto praxis que ensancha nuestra comprensión, haciéndonos sensibles ante lo que nos ocurre y ocurre en el mundo. Porque la experiencia estética nos proporciona una forma de conocimiento como principio ético, que rebasa lo que hoy día vivimos en una moral desgastada. En este sentido, una estética de la educación no se podría ver sólo de una práctica formativa de alguna profesión o saber técnico, sino que tendría que formar para afrontar los retos que nos está planteando esta nueva era, tanto con nosotros mismos, como con nuestro entorno ambiental y social.

Con esto, como afirma Lanz, la formación debe entenderse “como una hermenéutica que busca el sentido del ser, de un ser que problematiza el sentido de la vida” (2012, p. 44). Por ello, la educación debe contemplar la autoformación como un proceso interior, ligado a lo ético y lo estético. Y en este terreno de la subjetividad, el «cuidado de sí» se puede aliar con la experiencia estética que deviene del conocimiento artístico, pues como reconoce Foucault, la estética contiene una ética en cuanto a los valores y el compromiso que se muestran en la vivencia estética. Por esto, la estética del ser puede construirse en la plataforma de las humanidades en sus múltiples sentidos: ser mejor persona, dedicarse al estudio de la cultura de una manera multidisciplinaria y erudita y tener una comprensión crítica de sí, del otro y del mundo.

Palabras finales

La estética del ser es una urgencia inminente del siglo XXI para recuperar la mirada sobre nosotros mismos a través de la memoria (historia), el lenguaje (la literatura y el arte) y el examen de sí (la filosofía). El «cuidado de sí» y la «experiencia estética» pueden jugar un papel fundamental en la reconstrucción del lastimado y lastimoso tejido social, en la recuperación de los valores universales y en la formulación de una educación holística, que nos vuelva el aliento en estos tiempos de incertidumbre y de pandemia.

Referências

BAUMANN, Z. **Modernidad líquida**. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

CORDUA, C. El humanismo. **Revista chilena de literatura**, núm. 84, 2013, p. 9-17. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/rchilite/n84/art02.pdf>.

FOUCAULT, M. **Estética, ética y hermenéutica**. Barcelona: Paidós, 1999.

FOUCAULT, M. **La hermenéutica del sujeto**. Buenos Aires: Altamira, 1996.

GARCÉS & ZULUAGA. El cuidado de sí y de los otros en Foucault, principio orientador para la construcción de una bioética del cuidado. **Discusiones filosóficas**. A. 14 N. 22, ene./jun. 2013, 187-201. <http://www.scielo.org.co/pdf/difil/v14n22/v14n22a12.pdf>.

INGARDEN, R. **La obra de arte literaria**. México: Taurus, 1998.

INGARDEN, R. **La comprensión de la obra de arte literaria**. México: UIA, 2005.

LANZ, C. El cuidado de sí y del otro en lo educativo. **Utopía y praxis latinoamericana**. A. 17, num. 56, 2012, p. 39-46. <https://www.redalyc.org/pdf/279/27921998005.pdf>.

VERGARA, G. “De la dimensión ética a la manifestación estética. Presencia de los dichos y refranes en la expresión cultural de los migrantes mexicanos en el estado de Washington, USA”. En Rocha y Valencia (coord.). **El impacto económico y social de la migración en Colima**. México: Gasca, 2009.

VERGARA, G. La experiencia estética en el pensamiento de Roman Ingarden. **Cultura. International Journal of Philosophy of Culture and Axiology**, n. 8, 2007, p. 117-136.

VIGNALE, S. P. Cuidado de sí y cuidado del otro. Aportes desde M. Foucault para pensar relaciones entre subjetividad y educación. **Contrastes: revista internacional de filosofía**, vol. XVII, 2012, pp. 307-324. <https://www.uma.es/contrastes/pdfs/017/Contrastes-XVII-17.pdf>.